

## À JUÁREZ

Dadle á mi voz, del huracán rugiente  
El poder no domado y estruendoso,  
Que así quiero cantar de gente en gente  
Las inmortales glorias de un coloso.

Si la muerte que á todos nos aterra,  
Un trono sobre el ancho firmamento  
Guarda á los semidioses de la tierra,  
Juárez el inmortal, tiene ese asiento.

Nacido en el peñón de una montaña,  
Bajo el dosel del azulado espacio,  
Su alcázar infantil fué una cabaña  
Y el abierto horizonte su palacio.

Por su indígena raza, firme, austero,  
Por su oscuro nacer, del pueblo hermano;  
La tez de bronce, el corazón de acero  
Griego el pensar y el alma de romano.

Los más brillantes lauros de Gloria  
Estaban á su frente destinados,  
Los grandes caracteres de la historia  
Estaban en el suyo condensados.

El alma de Catón, el gran civismo  
De Leónidas, y de Agis la justicia,  
De Temístocles todo el patriotismo,  
De Licurgo el saber y la pericia.

Todo en aquel humilde pequeñuelo  
Que en la tierra de Ixtlán pobre crecía,  
Como en una arca lo guardaba el cielo,  
¡Sólo el Dios de los libres lo sabía!

Aguila audaz que sobre abrupta peña  
Y en muda soledad cuelga su nido,  
Cuando más tarde la extensión domeña  
El valle ante sus piés queda vencido.

Así Juárez, así; sin esas galas  
Falsas con que la corte irradia bella,  
Aguila de Anahuác, abrió sus alas  
Miró á su patria y combatió por ella.

La lucha era terrible; usos y leyes  
Ibanse á derrocar; el antro oscuro,  
Nido de encomenderos y Virreyes  
Iba á crugir con su imponente muro.

Aún vagaba en la atmósfera el aliento  
De otras edades á la luz ajenas;  
Ibase á desatar el pensamiento,  
A dejar el derecho sin cadenas.

Al mirar á aquel hombre que surgía  
De las revueltas masas populares  
Grande cual surge el luminar del día  
De las revueltas ondas de los mares,

Rugió la envidia en su furor tremenda,  
Y el fanatismo, de rencor eterno,  
Sintió como el Satán de la leyenda  
Odio al Jehovah que lo lanzó al infierno.

Juárez sereno en su saber profundo  
Fija en el porvenir su audaz mirada,  
Y ve como Colón un nuevo mundo  
Entre las sombras de la edad pasada.

A descubrir sus luchas no me atrevo,  
Ante tanta grandeza yo me inclino,  
Aquel reformador gigante y nuevo  
Tuvo un Gólgota horrible por camino.

A sus guerreros bravos y animosos,  
Apóstoles, heraldos, campeones,  
Vió morir en cadalsos afrentosos  
Entre befa y escarnio y maldiciones.

Y en medio del tumulto y la matanza,  
Siendo el derecho su sagrada norma,  
Su fé renueva, atiza su esperanza,  
Mata el *fuero* y cimenta la *Reforma*.

Allí está Veracruz en donde raya  
A tal altura ante la patria historia,  
Que nuestro mar rompiéndose en la playa  
Aun parece gritar: « ¡A Juárez gloria! »

Nunca de aliento ni firmeza faltó,  
Coronó allí sus grandes ideales....  
Aguila junto al mar, voló tan alto  
Que humilló el mar al verlo sus cristales.

Allí fué tempestad, que con el trueno  
Asorda y llena la extensión vacía,  
Y con el rayo de fulgores lleno  
Rompe los muros de prisión sombría.

Más tarde, tres naciones se congregan  
Para vencerle y destrozarle unidas;  
Cuando á las puertas de la patria llegan  
Las encuentran por Juárez defendidas.

La que se queda sola en el combate  
No vence á Juárez, que al Burlarla experto  
Lleva nuevo Israel que no se abate,  
El arca de la Patria hasta el desierto.

Allí en el llano inculto, en la ribera  
Del Bravo que nos guarda y nos limita,  
Clava en nómade tienda su bandera  
Y la muerta esperanza resuscita.

No lo mancille la facción injusta  
En cuyos odios la verdad se estrella,  
¡El salvó el arca de la ley augusta!  
¡Con ella huyó, pero triunfó con ella!

Que nada el vuelo de su fama corte:  
Todo lo tuvo ese hombre extraordinario  
Sinal en Veracruz y allá del Norte  
En los desiertos, Gólgota y Calvario.

Pero el Tabor en que brilló su idea  
Con eternos y vivos resplandores,  
Lo fué toda esta Patria, en la que ondea  
El lábaro inmortal de tres colores.

La muerte al arroparlo en negro manto  
Lo arrebató de la familia humana,  
Pero su nombre ha de vivir en tanto  
Que haya un palmo de tierra mexicana.

Fué el plebeyo humillando á la nobleza;  
Fué el derecho imponiéndose á la historia:  
Do acaba el hombre, el inmortal empieza,  
Su fama universal se llama gloria.

## MARGARITA MAZA DE JUÁREZ

Tierna, sencilla, dulce y amorosa  
En derramar el bien pasó la vida,  
Que á todas las virtudes dió cabida  
En su alma levantada y generosa.

Del redentor de un pueblo digna esposa,  
Grande en la adversidad, noble y sufrida,  
Fué en la victoria, por el cielo ungida,  
Del hogar ángel, de su pueblo diosa.

Cifró sus más hermosos regocijos  
En aliviar miserias y dolores  
Y en ser otra Cornelia ante sus hijos....

Justo es ¡oh pueblo! que su ausencia llores:  
En su tumba en que están tus ojos fijos  
Siempre habrás de encontrar frescas las flores.

## À LOS ALUMNOS DEL COLEGIO MILITAR.

Ardiente juventud, tú que la herencia  
 Recoges ya del siglo diez y nueve,  
 Y que el maduro fruto de la ciencia  
 Llevas al porvenir con planta breve;  
 Tú que en la edad viril, la limpia aurora  
 Verás del nuevo siglo, en que, alentado  
 Por el rico saber que hoy atesora  
 Tu espíritu esforzado,  
 Al saludar gozosa el sol naciente,  
 Honrarás las conquistas del presente  
 Con las sabias lecciones del pasado:

Atiende aquí á mi voz; vibre mi acento  
 Como un canto triunfal en tus oídos;  
 Y en noble sentimiento,  
 Como al sonar el bélico instrumento,  
 Los generosos pechos encendidos,  
 Al escucharse de la lira mía  
 Las toscas pulsaciones,  
 La acompañen en rítmica armonía  
 Latiendo vuestros nobles corazones.

Madre es la Patria, que confiada espera  
 Al contemplaros, de su amor ufana,  
 En la marcial carrera;  
 Su porvenir, su nombre y su bandera  
 En vuestras manos entregar mañana;  
 Y escudos de la ley y del derecho,  
 La mente con la ciencia engalanada,  
 Las patricias virtudes en el pecho,  
 Podréis decir que irradia vuestra espada  
 Aquella luz, que en Africa una noche  
 Vieron brillar de César los guerreros  
 Como lenguas de fuego en sus aceros.

Que no siempre el aliento de la guerra  
 Fué engendro de rencor y de venganza,  
 Ni el odio y la matanza,

Sobre la faz de la extendida tierra,  
 Han llevado las huestes victoriosas  
 Que cual fieros torrentes desbordados,  
 Destruyeron naciones poderosas  
 En los heróicos tiempos, ya pasados.

El saber, las costumbres, las ideas,  
 El rico idioma que á mezclarse llega  
 Con ignotos idiomas escondidos,  
 La extraña actividad que se desplega  
 Al formar vencedores y vencidos,  
 Nuevos pueblos, y razas, y naciones,  
 Con más altas tendencias,  
 Con más nobles creencias  
 Y más rico caudal de aspiraciones.

Esta la guerra fué. ¡Cuán grande miro  
 Sobre la deslumbrante Babilonia  
 Su poderoso imperio alzando Ciro!  
 Y al hundirse la asiria monarquía,  
 De sus escombros de oro y alabastro  
 Surgir una éra nueva, como un astro,  
 Derramando la luz del nuevo día!

El espíritu helénico ¿á quién debe  
 Su más alto esplendor? Se alza primero,  
 Como lejana luz brillando leve;  
 Lo trasforma en un sol la voz de Homero,  
 Y su inmortal fulgor, grande y fecundo,  
 Viene á alumbrar la historia,  
 Cuando Alejandro, en alas de la gloria  
 Lo extiende en sus conquistas por el mundo.

Predilecto del genio y la victoria,  
 Por donde quiera que la firme planta  
 Asienta el hijo de Filipo, un templo  
 Para honrar el progreso se levanta.  
 ¡Oh caudillo esforzado y sin ejemplo!  
 Su triunfal estandarte,  
 Pueblos, reyes y obstáculos desprecia,  
 Porque lleva con él la fe de Grecia,  
 La voz del genio y el poder del arte.  
 Y al calor de la lucha y de las armas  
 Y á la sombra del águila altanera  
 Que hacía el Oriente sus legiones guía,

Cifra imperecedera  
De inmensa gloria, nace Alejandría!

¡Augusto emporio del saber humano,  
Irguióse altiva entre la mar y el Nilo,  
Siguiendo el trazo que con diestra mano  
Supo copiar Dinócrates tranquilo  
Del manto militar del soberano!  
Ved, las romanas picas aparecen  
Anunciando á la tierra  
Que otros gérmenes crecen;  
Que en la ciudad de Rómulo se encierra  
El porvenir de cien generaciones,  
Que llevarán en alas de la guerra  
Fuertes y victoriosas sus legiones.  
Y bajo el sol ardiente de Cartago,  
Y en la margen del Támesis sombrío,  
Y del Danubio entre el murmullo vago  
Y al pintoresco pié del Alpe frío,  
Con César y Pompeyo soberanas,  
Llevando al mundo entre sus garras preso  
De la victoria al encendido beso  
Se han de cernir las águilas romanas.

Y al cruzar esas huestes, anchas vías  
Se abren para el viajero;  
Despiertan en los pueblos simpatías  
De mercader audaz rico venero;  
Surcan tendidos mares los bajeles,  
Y nuevo Deucalión, Roma dejando  
Su camino regado de laureles,  
Fantásticas ciudades van brotando,  
Y el polvo que levantan los corceles  
Al disipar los vientos,  
Dejan ver como huellas de su paso,  
Soberbios monumentos  
Desde do nació el sol, hasta el ocaso.

Después de tantos siglos de victoria  
Roma también inclina su bandera;  
Y los últimos fastos de su historia  
El triunfo son de muchedumbre fiera.  
Atravesando con feroz encono  
Los lejanos y estériles desiertos,  
Y en numerosas hordas conducidos

Por caminos inciertos;  
Cual de mares que están embravecidos  
Su espuma salpicando en las arenas,  
Las gigantescas olas  
Llegan á sepultar playas serenas,  
Así vienen ardientes y terribles  
Hunos, godos, alanos y lombardos,  
Vándalos, francos, suevos, burguinones,  
Galos y anglo-sajones,  
Y de ese hervor de muchedumbre extraña  
Surgen nuevas naciones,  
Inglaterra, Alemania, Francia, España.

Del escondido seno de la Arabia  
Brotó un incendio nuevo que devora  
Al mundo ya cristiano;  
Brilla la media luna aterradora;  
Lanza un grito de guerra el africano;  
Y Europa, en otro tiempo vencedora,  
Trémula mira la atrevida mano  
Del hijo del profeta,  
Que incontrastable vino,  
A clavar su pendón sobre los muros  
De la imperial ciudad de Constantino.  
Su irresistible empuje  
Hace rodar el trono de los godos;  
Al paso del islam la tierra cruje,  
Y al cielo de la ciencia tres estrellas  
En tan sangrienta y trágica demanda  
Asoman luego espléndidas y bellas:  
Son Córdoba, Bagdad y Samarcanda.

Y en esa larga noche tenebrosa  
Del espíritu humano, en la Edad Media,  
Esos astros de luz esplendorosa  
Guardan el sacro fuego  
Que el mundo entonces desconoce ciego  
Y que otra culta edad mira asombrada,  
Cuando su noble admiración escita  
De Córdoba la arábiga Mezquita  
Y la soberbia Alhambra de Granada.

Siempre tras de la guerra,  
Más vigorosa llega la cultura;  
Así sobre la tierra

La negra tempestad ruje en la altura;  
 Tremenda se desata  
 De su seno la hirviente catarata;  
 El formidable rayo serpentea,  
 El relámpago incendia el horizonte,  
 El huracán los ámbitos pasea  
 Infundiendo el terror del prado al monte;  
 Y aquella confusión que estremecida  
 Y acobardada vé Naturaleza,  
 Es nueva fuente de vigor y vida  
 Y manantial de amor y de belleza.

Recordadlo, vosotros, cuyo pecho,  
 Desde temprana edad honra la insignia  
 Del soldado del pueblo y del derecho;  
 Y no olvidéis jamás si acaso un día  
 Siguiendo con valor vuestra bandera,  
 Llevais ó resistís la guerra impía  
 De nación extranjera  
 Sin consentir jamás infame yugo,  
 Que la espada esgrimís del ciudadano  
 No el hacha del verdugo;  
 Que el pendón que enarbola vuestra mano  
 Es la antorcha de luz y no la tea  
 Del incendiario vil; que los desvelos  
 De esta patria tan tiernos y prolijos,  
 Es hallar en vosotros dignos hijos  
 De Hidalgo, de Guerrero y de Morelos.

No olvidéis que mecióse vuestra cuna  
 En el mismo recinto  
 Sobre el cual resistieron los aztecas  
 A las huestes del César Carlos Quinto  
 Y que el indio jamás huyó cobarde,  
 Ni al ver flotando espléndidos palacios  
 En el revuelto mar, de audacia alarde;  
 Ni al ver cruzar silbando en el espacio  
 El duro proyectil; ni ante el ruido  
 Atronador del arcabuz ibero,  
 Ni al conocer el ágil y ligero  
 Corcel que, resoplando entre la espuma  
 De sus hinchadas fauces, parecía  
 Hundir el virgen suelo, que regía  
 Con su dorado cetro Moctezuma.

Recordad que á los golpes de la espada  
 Y de las lanzas á los botes rudos,  
 Nunca temió la raza denodada  
 Cuyos pechos desnudos  
 Puso ante los cañones por escudos.  
 Recordad que este pueblo cuando siente  
 Herir su dignidad, fulmina el rayo.  
 Lo mismo en las montañas insurgente,  
 Que en los baluartes bajo el sol de Mayo,  
 Que en páginas de luz dejando escritas  
 Glorias que nunca empañará la niebla.  
 Hidalgo fué un titan de Granaditas,  
 Y fué un gigante Zaragoza en Puebla!  
 Que merece en la historia eterna vida,  
 La guerra al invasor osado y fiero,  
 Cual merece la guerra fratricida  
 La maldición del Universo entero!  
 Que una docta experiencia  
 Dicen que dan el triunfo ambicionado,  
 Más que las toscas armas del soldado  
 Las invencibles armas de la ciencia.  
 Y sabios y prudentes,  
 Al recoger la enseña sacrosanta  
 De esta patria que hoy ciñe vuestras frentes  
 Con el lauro debido á vuestro celo,  
 Veladla siempre con amor profundo,  
 Y así cual brilla el sol sobre la esfera  
 Mire brillar en vuestra mano el mundo  
 Libre y llena de honor vuestra bandera.  
 Dad de firmeza y de heroísmo ejemplo,  
 Nunca luchéis hermano contra hermano,  
 Amad la patria, y hallaréis por templo  
 El corazón del pueblo mexicano.